

LOPE DE VEGA

BLAS MALO

LOPE DE VEGA

El desdén y la furia



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: octubre de 2021

© Blas Malo Poyatos, 2021
Derechos cedidos mediante acuerdo con
International Editors' Co. Agencia literaria
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.ª 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6380-7

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B-14901-2021

Impreso en España

«¿Qué es ver al Rey? ¿Estás loco?
¿De qué le importa al villano
ver al señor soberano,
que todo lo tiene en poco?».
El villano en su rincón, Lope de Vega

A Blanca Inés de ojos garzos.
A Blas Carlos de ojos pardos.

**ACTO PRIMERO:
MADRID (1604-1606)**

PRÓLOGO

Toledo, 14 de agosto de 1604

CARTA A UN IMPRESOR Y AUTOR DE COMEDIAS

Siendo el portador de esta carta tan veraz y certero, no sé qué puedo contaros por escrito que él no pueda referiros mejor de palabra. El aumento del pago que soléis hacerme por mis obras os honra, y quiero que sepáis cuán contento estoy, y espero que gocéis de la mejor fortaleza. Yo tengo salud y todos en la casa estamos sanos. Doña Juana, mi mujer, siempre enfermiza, está para parir, y eso no hace menores sus cuidados.

Toledo está caro pero famoso, y camina con propios y extraños al paso que suele. Las mujeres hablan y murmuran, los hombres hacen sus tratos, la justicia busca dineros... y quien puede no la respeta. Morales representa sus obras, la gente lo silba; unos caballeros están presos por ser la causa de ello. Se pregonó por el patio que no se silbase, y así, apretados los toledanos, por no silbar, se peen; y eso fue la mayor ofensa para el alcalde, porque ese día estaba sentado en el patio del corral de comedias. Morales aplacó la ofensa porque hizo *La rueda de la fortuna*, comedia donde un rey aporrea a su mujer y muchos acuden a llorar este paso, como si fuera posible. Morales no me habla, porque me envió un pavo

y no lo quise aceptar. Lo cierto es que no tuve puerta por donde entrase, porque está hecha a medida de carneros, vaca y conejo a la noche; y si hay gallina, mal asunto para el dueño, eso es que hay alguien enfermo en la casa. De poetas, no digo «buen siglo es éste». Hay muchos en ciernes para el año que viene, pero no hay ninguno tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a su don Quijote.

Dicen que la corte se va a mudar a esta ciudad. Mire lo que le digo: si eso pasa yo me iré a vivir a Valladolid, porque, si Dios me conserva el seso, no más corte, coches, caballos, alguaciles, músicas a todas horas, rameras, hombres, hidalguías, poder absoluto y putito disoluto, sin otras sabandijas que cría ese océano de perdidos lotos de pretendientes y escuela de desfallecidos. Vuestra merced viva y tenga salud y medre y ande al uso; no cumple cosa que diga, ni pague nada si no es a la fuerza, ni favorezca sin interés, ni guarde el rostro a la amistad por no imitar a Garcilaso, cosa para mí más odiosa que mis librillos a Almendárez y mis comedias a Cervantes.

Si allá murmuran de mis librillos algunos que piensan que los escribo por opinión, desengañéles vuestra merced y dígales que es por dinero. Dios guarde a vuestra merced y lo libre de Vergara, el cirujano real, que ya le damos este atributo como a monasterio con túmulo. No ha curado tanto con las manos como ha destruido con palabras.

De las mías aguarde vuestra merced la segunda parte de esta carta. Y sobre esos futuros casamientos que muchos comentan, yo aconsejo que lo mire bien y que duerma sobre ello antes que sobre ella, porque el casamiento es una cárcel de la libertad y una abreviatura de la vida, y quien se casa por cuatro mil dará a las pocas horas cuarenta mil para no haberse casado. Pero vuestra merced es muy cuerdo, y eso lo mirará mejor que yo.

Lope de Vega

CAPÍTULO 1

CASUS BELLI

Madrid, 25 de enero de 1605

A algunos escritores habría que cortarles las manos. No dejárselas lisiadas, no. «Ahí fallaron los turcos, cuando le dieron los tres arcabuzazos», pensó Lope con furia. No había leído un libro peor escrito en su vida, con un papel digno de ser pasto de cucarachas, unas erratas que clamaban al cielo y unos versos pretenciosos que nadie había querido escribirle, ni siquiera suplicando en Valladolid, o eso decían las malas lenguas.

–Lo odio.

–Vamos, vamos, amigo Lope...

–¿Y se sabe cuánto le han pagado por esto? ¡Por esto!

–Cerró el libro con desprecio—. Se burla de mí, y ahora todo el mundo lo sabe.

De pie, Gaspar de Porras movió la cabeza con hartura e intentó quitarle el ejemplar de las manos por enésima vez, pero Lope no se dejaba. Se le escabullía una y otra vez y le apartaba las manos con rabia. La visita le estaba agriando la tarde de esperada placidez en el despacho. El brasero calentaba la estancia en un día frío y desapacible, y las llamas de la chimenea esparcían un calor confortable.

–¿A él, en mano? Pues... he oído que dos mil reales.

–¿Y cuánto has pagado tú por él? –Se lo tendió, acusador.

–Doscientos cincuenta y cinco maravedíes y medio. Ocho reales.

–¡Ocho! ¡No vale ni medio! ¡Al fuego con él! –Y lo arrojó a las llamas, que lo recibieron con un resplandor súbito.

–¡Estás loco! –El autor de comedias se zafó del escritor, que se apartó de sus pasos precipitados y tomó las pinzas para salvar el ejemplar, que ya había comenzado a prender por las esquinas. Sacudió las llamas con la paleta vigorosamente tratando de apagarlas. Se volvió, furioso—. ¡Aún no he terminado de leerlo! ¡Por Dios, Lope!

–¡Y lo estás leyendo!

–¡Igual que hiciste tú el año pasado en Granada! ¿De eso ya no quieres acordarte?

–¡Lo que no recuerdo es este prólogo injurioso! No, no lo recuerdo porque no estaba. Llama a mis escritos granjerías del vulgo, y ahí habla y bufa de una comedia mía tras otra, que si la erudición aniquila, que si soy un ignorante, que si lo uno y que si lo otro. Todo está ahí, ¡todo!

–¿Y qué esperabas, Lope? ¿Qué esperabas? Di. –Gaspar de Porras carraspeó con toda su corpulencia y después se sacudió el polvo del suelo del traje de cordobán. Se estiró la pechera y se sentó en la silla de respaldo alto del despacho. Suspiró. Puso la mano izquierda sobre el libro chamuscado, mientras inspiraba profundamente para recuperar el resuello. Se pasó la otra mano por la cabeza de pelo ralo y canoso. Tenía la frente perlada de sudor—. Ahora callas. Quizá debiste callar hace tres meses. ¡Debiste callar el verano pasado! Te acuerdas de las injurias..., ¿te olvidas acaso de tus versos? Sí, tuyos, todo el mundo lo cuchichea; son tus versos, aunque lo niegues. ¿Te olvidas de tus mofas? Entre escritores todo llega a voz pública, que ya lo decía Cicerón: «Si quieres guardar un secreto, guárdalo tú mismo». Y tú no te has cansado de decirlo, por todas partes, a todo el mundo, fuera duque, estibador o porquero: que odias a Miguel de Cervantes,

y que Miguel de Cervantes te odia a ti. Entonces, ¿qué esperabas? ¿Aún no te ha vuelto la memoria? ¿Ya no quieres acordarte de Granada?

Más bien prefería no acordarse.

No podría olvidar nunca la fiesta que don Álvaro de Bazán y Guzmán, segundo conde de Santa Cruz, había dado en Granada el verano anterior. Entre la música y el ambiente relajado a los pies de la Alhambra mora, uno de sus invitados, un genovés orondo, le había desvelado la razón de la inquina del manco: la envidia; el rapto de Isabel de Urbina, pariente suyo, por parte de Lope; el desprecio a las normas del arte antiguo de hacer comedias. Y esa fama que a Cervantes, ya un viejo cascarrabias, tullido, ceceante y olvidado de los lectores, le era esquiva, había espoleado al manco de Lepanto a realizar la mayor traición que un escritor podía hacer a otro: tomar una historia ajena y apropiarse de ella, reescribiéndola, aumentándola, deformándola, adoptándola como original y propia, como regalo de las musas. Y luego tener éxito con ella.

Tampoco quería recordar las cuchilladas nocturnas en Sevilla, las escapadas desde la casa de Baltasar de Pinedo a la de Micaela de Luján; las pisadas apresuradas en la noche, desde el Arenal hasta la alameda de Hércules; los vítores de unos, los desprecios de otros, y la muerte casi segura que, gracias al corazón valiente y arrojado de Claudio Conde, su amigo, y de un contable perseguido y fugado, había esquivado de puro milagro en la Granada conquistada a los reyes nazaríes.

—Ésa historia era mía, Gaspar. Dije delante de todos esa palabra maldita: plagio. Lo dije y no me arrepiento. Era y es mía. Es el entremés *De los romances*. El protagonista, Bartolo, está loco por los romances, y tanto leer le ha reblandecido el seso, se cree un héroe del romancero con descendientes desde la batalla de Roncesvalles, abandona a su mujer y

corre a luchar contra Drake en Inglaterra, y convence a Banderrijo, un labriego, para que sea su escudero y vayan en busca de aventuras. ¡Esa inspiración mía es la que ese manco me ha robado, Gaspar! –El usurpador no había dejado de hacer circular copias de su libro de mano en mano. Lope cerró la mano en un puño y golpeó con amargura la pared encalada–. Te lo repito. Esa historia es mía. Y también son mías las que otro ha publicado en Zaragoza, y las que el año pasado aparecieron también en Lisboa. ¡Mías todas ellas, Gaspar! ¡Yo invento y escribo, y otros usan mis obras, las destrozan, las enmiendan, las llenan de sinsentidos, les ponen su nombre y las venden! O se inventan cualquier tontería y le ponen el mío. ¡Y hala, a convertir el carbón en oro! Para ellos, el grano, y para mí... para mí, ¡ni la paja! ¿Es que no hay justicia? ¿No los colgarán a todos? Mancos, todos ellos. De eso los turcos saben bastante, ya lo dice su libro sagrado: «Al ladrón, córtale la mano derecha».

–No deberías quejarte, tienes toda una corte de admiradores que él nunca tendrá.

–¡Quiero mis escudos, esos que no van a mi bolsillo! Las mujeres cuestan dinero, y más las propias, y yo tengo dos; las misas, las dos casas, los viajes... ¡Para qué querrá ese desdentado de seis dientes, ese eunuco forzoso, dos mil reales, para qué! Pero es que tengo de qué quejarme, escucha que...

–Tú sigue con tus versos, tú sigue dándome comedias, que yo las colocaré en las corralas. Y si tanto te quejas, búscate un mecenas.

–¿A otro? ¿Para qué...? Ya lo tuve, y nunca más serviré como oveja a un pastor. ¿No has oído...?

El autor de comedias lo interrumpió por segunda vez. El escritor tembló de indignación.

–Pero lo necesitas. Tú sigues aquí, anclado a Madrid y a Toledo por tu mujer y ahora por Micaela, y todos los escritores, todos los poetas que aspiran a medrar en esto de es-

cribir están en la corte. ¡Necesitas un mecenas! ¡Ve a Valladolid! ¡A la corte! ¡El duque de Lerma! ¡El tercer rey Felipe! ¡Si todos te conocen! Ve y que te escuchen, y nadie te hará sombra.

—¡No!

—Allí está Cervantes.

Lope Félix de Vega y Carpio se irguió todo serio, lo miró en silencio y escupió un gargajo al fuego.

—¿Es que no te has enterado? —Gaspar lo miró arqueando las cejas, sin comprender. El escritor tomó de un bolsillo un papel manchado y doblado en cuartos y se lo tendió—. Ah. Entonces, no. ¿Sabes que el manco está en la corte y no lo que ha escrito? Por Dios, Gaspar, ¿de verdad no lo sabes?

—Bueno, bien, yo, yo no... ¿Es esto? —Lope asintió, bufando como un toro—. A ver. ¡Ja, ja, ja! —La risa se le ahogó cuando vio el rostro agriado de Lope, Intentó reprimirse sin conseguirlo—. ¡Es terrible, Lope! ¡Terrible!

Hermano Lope, bórrame el soné-
de versos de Ariosto y Garcilá,
y la Biblia no tomes en la má-
pues nunca de la Biblia dices lé-

También me borrarás la *Dragonté*,
y un librito que llaman el *Arcá*-
con todo el comediaje y epitá-
y por ser mora quemarás a *Angé*.

Sabe Dios mi intención con San Isí-
mas puesto se me va por lo devó-
bórrame en su lugar el *Peregrí*:

Y en cuatro lenguas no me escribas co-
que supuesto que escribes boberí-
lo vendrán a entender cuatro nació-

Ni acabes de escribir la *Jerusá*,
bástale a la cuitada su trabá-

Pero los carrillos lo delataban y el soneto le temblaba entre las manos por ocurrente. Gaspar enrojeció entre la vergüenza y el no poder contener las carcajadas, y Lope, crispado, le arrebató aquellos versos injuriosos, tomó su capa y se marchó más furioso de lo que había llegado. El portazo sonó lleno de acusación.

Algo bueno había conseguido a costa del berrinche: saber que ese viejo cascarrabias envidioso estaba en Valladolid. Madrid languidecía con el frío del invierno. Le dolían las manos, ateridas y sensibles al aire helado, pero se había iniciado una guerra, y él de eso también sabía, sin necesidad de haber sangrado en Lepanto. Se arrebujó en la capa. Sus pasos rápidos sonaron en ecos en el silencio. A una semana de la candelaria, las estrellas brillaban sobre el municipio. De las casas escapaban las luces tenues de las velas y el olor de la madera quemada de encina y de carbón. Hambre y sed, frío e inquietud. Se dio prisa por pasar de largo de la plaza mayor y de los soportales de las tabernas para refugiarse en casa de Claudio.

Furia. Eso era lo que las musas estaban vertiendo en su corazón, una furia ardiente que lo quemaba y que necesitaba verter en un pliego en blanco.

Valladolid, 3 de febrero de 1605

El viejo soldado de Lepanto detuvo su escritura un instante. Sentado en una silla con almohadones, sentía el frío en el cuerpo y la nariz goteante. Se enderezó sobre su escritorio y contuvo la respiración con todas sus fuerzas hasta que no pudo más. El estornudo sonó escandaloso. Farfullando maldiciones, rebuscó el pañuelo oculto en la manga de su mano izquierda y se sonó los mocos con fuerza y desagrado. Si Madrid era frío, más aún lo era Valladolid. No bastaban dos braseros cerca de

la mesa para entrar en calor. Después puso la mano tullida sobre el pliego mientras que con la derecha limpiaba el estropicio del estornudo sobre las palabras escritas. Y en ello estaba cuando oyó las voces de su sobrina Constanza como para atender a la puerta. La criada estaba lavando; su mujer y sus hermanas habían salido al mercado, aprovechando el sol frío que llegaba en el día de San Blas, sanador de flemas y gargantas. Cincuenta y ocho años ya eran muchos para aquel invierno y para su cuerpo renqueante.

—¿Quién va, Constanza?

La sobrina no oyó la voz quebrada que le dirigió desde el despacho. Miguel de Cervantes se llevó la mano tullida a la oreja, haciendo caracola. Había abierto la puerta y hablaba con alguien; sonaba a joven o a criado. Oyó la puerta cerrarse y los pasos suaves de su sobrina. ¡Ah, juventud de tez tersa! Ella, ya en la cuarentena, aún la conservaba. Y qué manos tan finas y con qué cariño lo trataba.

—¡Constanza!

—Sí, tío. ¡Voy! No desespere. —El escritor iba a recriminarle que le contestara así, pero no pudo. Constanza siempre sonreía y no podía enfadarse con ella—. Un mancebo, con una carta para usted. De Madrid. Dice que allí cayeron días atrás chuzos de punta. Pero me pide un real para pagar el porte y, si no, se la lleva de vuelta. ¿Me da usted un real, tío?

—¡Ni medio! Quien me quiere bien no me envía cartas a porte.

—Pero, tío, ¿y si es importante? En tres cosas está bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas, sean de amigos o de enemigos; que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se pueden adivinar sus pensamientos. ¿No me dará usted el real?

Se dejó convencer a regañadientes.

No esperaba ninguna carta de Madrid, pero podía ser de Juan de la Cuesta, su impresor, y sobre cosas de su libro.

¡Su libro! Bien habían hecho quedándose cerca de la corte. Las malditas erratas debidas a las malditas prisas eran como alfileres en sus carnes, pero eso no dependía de él. Se lo habían llevado los demonios cuando recibió el primer ejemplar. Tales cosas pasaban cuando el impresor era un torpe de cuidado. Sin embargo, había tenido otras virtudes, como su rapidez. El libro ya estaba vendiéndose por Madrid. A lo mejor era una carta de algún lector admirado. Sólo con eso sintió que se emocionaba. ¡Por fin le daría a alguno en los hocicos! ¡Al fin una alegría vertida en prosa!

Constanza regresó con la carta en la mano, sosteniéndola con cariño, como si fuera una mariposa.

—¡Dámela! —Sujetó la misiva sobre la mesa mientras desplegaba los dobleces—. A ver qué trae a esta casa ese real.

Demudó la cara. La ilusión dio paso de inmediato al fruncimiento de ceño, y la mano le temblaba tanto que Constanza se temió que pudiera darle un síncope. Miguel de Cervantes, pálido, miró a su sobrina, y ella no supo qué decir ni por qué.

—¡Tío! ¿Estáis bien?

Él, estupefacto como si hubiera visto revivir a un muerto, leyó la carta por segunda vez, y a cada línea enrojecía más y más de coraje e indignación. Su sobrina perdió la sonrisa y dio un paso atrás, gimiendo de miedo, cuando el escritor arrugó la carta con rabia feroz. Empujó la mesa para salir de su silla cuanto antes y dio grandes pasos, adelante y atrás, sin saber si coger antes el gabán o la espada que ya no sabía dónde guardaba, si en el arca del dormitorio o encima de la estantería. Sacudió con fuerza a su sobrina por el brazo.

—¿Dónde está ese criado? ¿Cómo era, qué llevaba puesto?

—Una pelliza oscura y un sombrero de pluma blanca. ¡Ay, tío, me hacéis daño! ¿Pero qué mal es éste? ¿Qué mal os han hecho? —Sin contestar y aún rabiando serpientes por la boca, sin abrigarse y sin las llaves de la casa, se apresuró con

toda la agilidad que pudo a buscarlo en la calle-. ¡Pero, tío, que vais a enfermar más de frío! ¡Virgen bendita!

Constanza se apresuró a buscar a la criada para que corriera tras él con el gabán. En la mesa, entre la pluma afilada y un pliego a medio escribir, había quedado la nota arrugada. Y como era mujer, tuvo curiosidad. Rezó a los santos, temiéndose lo peor.

Pues nunca de la Biblia dijo le,
ni sé si eres, Cervantes, co- ni cu-,
sólo digo que es Lope Apolo, y tú
frisón de su carroza, y puerco en pie.

Para que no escribieses, orden fue
del cielo que mancases en Corfú.
Hablaste, buey, pero dijiste mu.
¡Oh mala qui jotada que te dé!

¡Honra a Lope, potrilla, oh guay de ti!
Que es sol y si se enoja, lloverá;
y ese tu don Quijote baladí,
de culo en culo por el mundo va
vendiendo especias y azafrán romí
y al fin en muladares parará.

Debía ser una ofensa terrible que ella no entendía, pero sí su tío. Nunca lo había visto así. ¡Y pensar que días atrás había estado tan contento por ese nuevo libro que le habían pagado y publicado!

CAPÍTULO 2

EL GATO Y EL RATÓN

Luis de Góngora llegó cansado del viaje. La lluvia todo lo eternizaba, y más a lo largo de esas carreteras llenas de socavones que bamboleaban los coches de un lado a otro como a un barco en mitad de una galerna. Lo recibieron con agasajo en el zaguán de la casa: lo invitaron a entrar y a desprenderse del capote empapado y chorreante y del sombrero calado. Pero el rostro aquilino del cordobés no mudó su máscara de suficiencia. Se sacudió las gotas de las mangas como con desprecio mientras sus acólitos y admiradores se acercaban a él para verlo y tocarlo, para dirigirle la palabra con la esperanza vana de un elogio o un reconocimiento.

—¡Ah, Madrid, Madrid! Anochece y la ciudad muere, o vive, según se mire. ¡Bien, el calor! ¡Traedme una sopa! Acercad ese brasero y apartad un poco, que no soy un ídolo de paganos. —En la tertulia surgieron algunas carcajadas. Había poetas admiradores de edad madura y jóvenes bisoños que esperaban su ocasión—. Se cuenta, se cuenta...

Otro continuó, un literato de amplios mostachos que olía a ajo:

—... se cuenta, maese Góngora, la ofensa que Lope de Vega ha hecho a Miguel de Cervantes.

—Ah. Una ofensa. —Se acomodó en un sillón de mimbres con dos cojines de plumas de oca. Sonrió levemente y se pasó el índice por los labios. El cuenco de reconfortante sopa que le ofrecieron mejoró su ánimo—. ¿Cuándo?

–¡Hará quince días de eso! Lo que nadie sabe es la razón del enojo.

–Un enojo furibundo –intervino otro.

–Una burla desproporcionada –dijo un tercero.

–Disculpad, ¿qué enojo? –preguntó en su ingenuidad el más joven de los tertulianos, casi imberbe.

Góngora, que tenía oído de tísico, enarcó una ceja y dejó el cuenco vacío en manos de otro asistente.

–La ofensa, sí... Ahora que lo decís, sí, algo he oído. Me enteré de ella estando por León.

–Pero ¿qué es lo que dice? –siseó el joven de forma casi inaudible.

–¡Los versos! –El cordobés señaló al joven–. ¿No te los han explicado? ¿No? Tu nombre es...

–Gabriel. De Sotomonte.

–¡Santo arcángel! Yo te lo explicaré. Verso a verso, si hace falta.

–«Ni sé si eres, Cervantes, co- ni cu» –dijo el bigotudo.

–¡Culo ni coño! Burdo, muy burdo es ese Lope. Palabras propias de estibadores y matones de baja ralea. ¿No lo entiendes? Son agujeros, vacíos... Un hombre dotado no tiene un vacío, sino un ariete, una artillería. Luego lo llama puerco, si no recuerdo mal.

–«Que mancases en Corfú. Hablaste, buey, pero dijiste mu».

–La mano tullida. Cuernos y más cuernos. Cu- también pudiera ser cuclillo, un esposo engañado por una esposa adúltera. Y cornudo por segunda vez. ¡Qué poco respeto por un héroe!

–«Honra a Lope, potrilla». Eso lo sé. Un viejo, un herniado.

–Bien, bien... La siguiente línea ya sabemos todos qué quiere decir. Limpiarse los traseros con un manuscrito, ingrata experiencia... Será que Lope sabe qué es eso, ya que

lo menciona. –Surgieron risas adulatoras–. «Azafrán romí»: ¡rojo furioso es el azafrán, el color de los judíos! Lo tilda de infiel, joven Gabriel, lo tilda de bastardo. Y el libro sobre ese Quijote, para él, que desprecia todo lo que es digno, lo que es antiguo, todo lo que dejaron los griegos y romanos atado y bien atado sobre el arte de la poesía y de la dramaturgia, no es más que basura, una hez, un resto pestilente que terminará su existencia en un pudridero. ¡Oh, cuánto sabe Lope! ¡Qué dominio de la lengua arábica! Bien sabe qué es un muladar, aquel solar donde los árabes arrojaban a los mulos viejos y sarnosos para que murieran y se los comieran las ratas. ¡Claro que maese Cervantes está furioso! Y hace bien en estarlo. Oídme bien –y levantó el dedo índice para pedir silencio–: Lope de Vega es un indeseable. Tanto que alardea de su hombría; será que alardea porque algo le falta. Dios lo tendría que castigar con la lepra, que se le cayera a trozos la verga y luego las manos, que escribir así, escarneciendo a quien no está de acuerdo con él, es de mala gente. ¡Un gran español, eso es lo que es, envidioso, pérfido, traidor, bravucón, soberbio y muy creído de sí mismo! Pero tiempo al tiempo.

Algunos aplaudieron la diatriba; los demás los imitaron después. Luis de Góngora dejó que así lo hicieran, sin darle más importancia.

–Lo que no sabemos es el motivo de ese soneto tan odioso –comentó uno.

El cordobés se miró las uñas. Desde las cocinas de la casa ya llegaba un jugoso olorcillo a lechón sobre brasas, con su propia grasa fundiéndose en una cama de cebollas y zanahorias.

–Se cuenta, se cuenta... –bajó el tono de voz. El efecto fue dramático, los vítores y las palabras callaron, atentos al racionero beneficiado de Córdoba– que otras palabras motivaron esas palabras; unas palabras que rogaban que borra-

ra sus comedias, por necias y bobas, por burras y paletas. Hermano Lope, bórrame el soné... Ah, quienquiera que fuese acertó de pleno. Y es que esto es España, nación imperial, y donde quien se pica ajos come. Hay quien envidia que yo esté en Valladolid.

El joven Gabriel, que miraba embobado al literato, fue el único que captó en él un mínimo gesto de sonrisa maliciosa y felina.

CAPÍTULO 3

DE ESPERANZAS Y DESAZONES

Lope desfogaba en la cama los malos humores que las letras le provocaban, y él conocía que eso era bien sabido en Madrid y mejor conocido si cabía en Toledo, porque no había forma de ocultar a Micaela de Luján. La que fuera actriz famosa en el Mesón de la Fruta seguía conservando su figura voluptuosa, su genio vivo, su lengua afilada e ingeniosa y su larga y preciosa melena de rizos dorados que, como única vestimenta, adornaba su desnudez, una desnudez memorable. Que aquella hembra fuera capaz de conservar su lozanía después de ocho embarazos era un milagro; que pudiera gemir así, arqueándose sobre él como un súcubo no saciado buscando el goce prohibido, era casi un sacrilegio. Y Lope, inflamado por esa misma ansia, pecaba una y otra vez en cada ocasión que introducía la llave en aquella cerradura. Era pisar el umbral de aquella casa, que había alquilado a Gaspar de Vargas en el barrio de San Justo por sesenta y ocho ducados, y sentirse como un Judas que pagaba treinta monedas de plata. Era escuchar al joven Juan de cuatro años, y al pequeño Félix de dos, y la diminuta Marcela, de apenas un mes de vida, y sentir que rejuvenecía, que sus cuarenta y tres años se quedaban en la mitad y que en aquella vivienda había vida vibrante, y no como en su casa marital, donde la enfermedad y la tristeza convertían el hogar santificado con el sacramento del matrimonio

en una mortaja, en una noche de difuntos que no parecía acabar nunca.

Nunca, nunca, debía haberse casado con Juana de Guardo.

Había sido un acto de desesperación. Y nunca la desesperación ni el hambre eran buenas consejeras. La tarde anterior a su matrimonio por la santa Iglesia católica, imperial y apostólica había conocido a Micaela de Luján, y de eso hacía siete años. Y no había podido separarse de ella. Que lo criticaran cuanto quisieran, que lo tacharan de adúltero, de sinvergüenza, de amoral... ¡Qué envidias despertaba Micaela! Y qué luto arrastraba junto a Juana, entre su enfermiza constitución y la muerte, una y otra vez, de su descendencia, muertes que despertaban ecos culpables en su conciencia sobre su primera mujer, Isabel de Urbina, y sus dos hijas, en tumbas frías en Alba de Tormes. ¿Era ésa la penitencia que el buen Dios le imponía por castigo? Tanta hembra requerida, seducida, convencida y desflorada; tanta promesa jurada e incumplida, tanta joven abandonada, tanta doncella desvirgada, embarazada y olvidada. Él ya había perdido la cuenta. Dios seguro que no, pero ¿no era también un dios que admitía el perdón? A fuerza de amar, Dios debía perdonarlo, y cada vez que se unía a Micaela era como penetrar en espacio sagrado, y en él oraba con fervorosa pasión, como santo devoto que era de su sexo, de sus pechos, de sus manos, de sus labios, sus ojos y su sonrisa.

—Mi amor, amor mío, mío y de nadie más... —Con un gemido profundo, Micaela se liberó de su ansia durante segundos interminables que él compartió con un jadeo súbito, y luego ella, vencida, se derrumbó como una sirena desvanecida, cubriéndolos a ambos con su cabellera dorada—. Oh, Lope, ¡Lope, el grande! ¡El ingenioso, el valiente, el orgulloso! El conquistador... —Le pasó los dedos por el pelo, le acarició el rostro bien afeitado, le entreabrió los labios an-

tes de besárselos—. No. No pienses más en esos que te afrentan, no piensen en nada más que en mí.

—Y en mi teatro.

Las risas de Micaela sanaban heridas del alma.

—¡Y en tu teatro! Cómo sacarás tanta letra de esta cabeza, qué gran misterio es ése. Por todos los santos y la virgen que lo es.

Lo abrazó para no soltarlo en lo que quedaba de noche.

Pero Lope no podía dormir. Ni siquiera el cansancio del amor era suficiente aquella noche para retenerlo en el lecho junto a la mujer que amaba y que le había dado descendencia con vida. Esperó. En cuanto la oyó respirar de forma acompasada retiró su brazo, la cubrió con las sabanas, la besó en la mano, tomó las ropas sobre el arca con una mano y bajó descalzo las escaleras con los zapatos en la otra. Se vistió. Se comportó como un ladrón, como un gato negro y sigiloso en la noche. Abrió la puerta y salió a la calle, oscura, lóbrega, peligrosa. En Toledo aún no había tanto peligro como en Madrid, donde las cuchilladas acechaban en la negrura de los callejones. En Valladolid, el duque de Lerma era objeto de deseo de los muchos que querían sus monedas, y esas monedas codiciadas estaban manchadas de asuntos turbios, de rumores imprecisos, de amenazas veladas, de ambición y avaricia. Y de miedo. El rey Felipe III seguía en las nubes con el nuevo embarazo de su esposa doña Margarita; se decía que tenía quien le echaba las cartas a todas horas en busca de la verdad de los astros sobre si sería niño o niña, y también tenía quien probaba día a día la orina de la reina para corroborar las cartas. La moneda perdía peso, con más vellón que oro; el pan era caro, la harina era mala salvo para la corte, y los tercios seguían gastando vidas desesperadas en las tierras de Flandes. Los campos, entre la sequía y las langostas, daban más tristeza que otra cosa y se despoblaban poco a poco mientras las villas se quedaban sin hombres. Por su parte, los clérigos se escandaliza-

ban por tanta hembra pecadora y necesitada. Todos ellos culpaban al teatro burlón y travieso de los males de todo, de la pobreza del país y de la ruina de la hacienda. Cervantes tenía al duque de Béjar de su parte, y Francisco Gómez de Sandoval, el valido del rey, lo cobijaba bajo su ala, pero Lope no tenía protector. Gaspar de Porras tenía razón. Le dolía reconocerlo. Necesitaba a un mecenas.

Dar la razón al autor de comedias no era su única expiación. Deambuló por los callejones quebrados del barrio viejo toledano con el temor de quien tiene enemigos hasta llegar a su casa legítima. Se descalzó por segunda vez aquella noche. Se desvistió casi a oscuras, y un débil rayo de luna menguante lo guió hasta el lecho por tanteo. Tocó un muslo. Se santiguó, entró entre las sábanas heladas y colocó el brazo de Juana sobre él. No había cuidado de que otro gallo acudiera a aquel gallinero muerto.

—¿Uhhh? —Juana entreabrió los ojos al notar el calor de su marido y la depresión del lecho relleno de lana—. Lope. Lope.

—Qué...

—Lope, tengo frío. Abrázame, Lope. Lope...

—Qué, Juana... —Siempre la misma paciencia, la misma cantinela cansina, la misma mascarada. Juana sabía de dónde regresaba él, siempre cansado, siempre sin palabras para ella. Lope sabía que ella lo sabía, y el silencio era el muro que dividía la cama en dos y que evitaba males mayores. Aunque eso significara hastío, aburrimiento, cansancio, desprecio y resignación. Lope abrazó sin emoción a su esposa, como dispuesto a ser un actor en su propia casa. Un actor, además, bastante pésimo—. Ya está. Duerme. Durmamos.

—Lope, bésame. —Lope titubeó, pero, después de resoplar, hizo el esfuerzo de besar a su mujer en la mejilla. Eso era, sí. Monedas y beso de Judas—. Lope. Lope, no te vayas, no te vayas más.

–No, no me iré. –No más por esa noche, pensó él.

–Lope. Lope...

–Duerme. Aún no ha amanecido, duérmete, Juana.

–Lope. Lope.

–Por Dios, Juana. Calla ya y duerme.

–Lope... –Unas lágrimas rodaron por sus mejillas hasta el hombro de él. Lope se arrepintió de su rudeza y calló. Dejaría que hablara cuanto quisiera—. Estoy embarazada.

Al principio Lope no reaccionó por un largo rato, y Juana se desesperó al saberlo tan cruel con ella, por tener ese corazón de fuego para sus personajes imaginarios y de hielo para con ella. Sin hacer ruido sollozó sobre el pecho de ese marido que Dios le había entregado, que era de piedra. Luego, de forma súbita, algo se agitó en el escritor, como si de pronto las últimas palabras de Juana se convirtieran en una rueda de fuego. El sopor desapareció. Dios le daba otra oportunidad, o tal vez eran otras cadenas; otra remisión de sus pecados o una nueva condena. Una nueva vida que guiar con serenidad o una nueva incertidumbre a la que proteger del mal. Se incorporó como pudo y abrazó a Juana con una ternura olvidada.

–¿Pero es eso cierto?

–Sí, Lope. –Ella lloraba porque no la había abrazado así por muchos meses, desde el último nacimiento.

El hombre pasó su mano por el vientre fecundado y la mujer puso la suya sobre la de él.

El alba trajo sol. Los carros perezosos traqueteaban por los empedrados irregulares de la capital de los visigodos, y Lope se abrió paso a empujones entre los arrieros que reparían leña, las viejas criadas que con sus pañuelos enlutados corrían como podían a las tahonas, cojos y pedigüños en cada esquina y algún que otro borracho durmiendo bajo los soportales con la cara llena de babas y los orines de algún que otro perro incontinente. ¡Un nuevo hijo, una nueva boca que llenar de leche y pan! Su suegro le llevaría longa-

nizas y cintas de lomo en cuanto se enterara; algo era algo, pero no sería suficiente.

Escribir, escribir, escribir. Ya tenía preocupaciones más que de sobra.

Lo perseguían acreedores, pues desde Sevilla habían dado con él. El marido de Micaela de Luján había muerto dos años atrás en las Indias y había dejado herencia pero también deudas, y ahora que él era tutor de los hijos anteriores de la actriz también había ganado nuevas obligaciones y gastos. Veía a veces a acreedores sospechosos subiendo desde la Puerta de Bisagra cuando él bajaba ya para partir a Madrid. Y allí los tenía otra vez preguntando por él, cerca de la tienda de especias en los soportales de la plaza de Zocodover, con sus lechuguillas ostentosas en los cuellos, trajes de gorgorán de color y un amplio cartapacio. Conocía ya hasta sus bigotes y sombras, y a los dos lacayos que más perrillos que secretarios seguían al licenciado que llevaba su causa. Se tapó el rostro, se mezcló con los carniceros y con un ganapán que timaba a la concurrencia con chistes y unos naipes sobre un tonel y giró hacia el alcázar. El artefacto de Turriano estaba parado otra vez como un gigante de dientes rotos, y se veían dos cuadrillas de carpinteros aserrando duelas nuevas para los engranajes, en plena calle. Evitó a un autor con el que no se llevaba bien, hizo que no oía cuando lo llamaba y giró de nuevo, de calle principal a callejón, sin mirar a un inquisidor de carnes hermosas. Entre muros viejos de ladrillo y balconadas de madera carcomida llamó a una puerta apuntada, mira enrejada y arco de piedra. Una figura tallada había sucumbido a golpe de cincel; Lope pensó que los rasgos que aún se apreciaban se parecían mucho a una estrella de David. Repitió los golpes, ahora con más fuerza.

—¡Ya va, ya va! —La corredera de la mirilla enrejada se movió a un lado, revelando dos ojos acusadores y ojerosos—. ¿Vos? ¿Otra vez?

—¿Ya ha vuelto Alonso? Alonso Riquelme, ¿está o no está?

La corredera se cerró, y se abrió la puerta. El jorobado lo hizo pasar. Sorteando un estrecho pasillo llegaron a la imprenta, donde varios lectores ojeaban nuevos libros compuestos, algunos de viejo y segunda y tercera mano. Un hipnótico olor a vainilla y a tinta férrica lo llenaba todo. Dos gatos de manos blancas husmeaban alrededor de los lectores, que dedicaron un segundo a juzgar al recién llegado y luego, tranquilizados por su aspecto, siguieron con su lectura de pie entre los montones de libros. El librero e impresor, sentado sobre un taburete, seguía limpiando y encajando tipos de metal, letra a letra, con paciencia, confiado en que sus habituales se decidieran a comprar algo aquel día.

—¡Alonso! —siseó Lope, sin poder acercarse por el pasillo colmado de libros y con dos hombres en medio. El hombre alzó la vista y se acercó con una sonrisa. Tras excusar el ruido, lo abrazó con ganas—. Al fin te encuentro. Te esperaba antes.

—No he podido, hay tantas complicaciones por Madrid... Tendrías que oír lo que se dice en las gradas de San Felipe. Alguien está comprando solares y casas a precio de saldo. Muchas, muchas casas. ¿Pero a qué tanto secretismo? Vamos al Mesón de la Fruta, que te invite. ¡Ya he sido padre!

—¡Enhorabuena!

—Se llamará Ángela... Un ángel, mi mujer. ¿Pero no me dejarás que te pague un buen trago? —El librero chistó, pidiendo silencio. Uno de los gatos se rozó con Lope—. ¿No?

—No, no..., que no quiero que me vea Gaspar, no sea que se ofenda. Te traigo tres comedias. Quiero vendértelas a ti. Recién escritas. Nadie tiene traslado de ellas.

—¡Gran amigo! Te puedo dar ciento cincuenta reales por cada una.

—¡Me estás robando! No menos de mil merecen. Soy quien soy. ¡Soy Lope de Vega!

El librero enarcó las cejas.

–Te daré doscientos por cada comedia.

–Sigue siendo poco. Trescientos.

–Doscientos, ni uno más. –Lope hizo amago de marcharse–. Espera... Doscientos cincuenta. Y me tendrás por agradecido. Ya veo que no has parado en los mentideros. Estuve hace tres días escuchando a Luis de Góngora. Por poco algunos llegan a los puños por defenderte de él.

–Me parece poco lo que ofreces, y no te ofendas, Alonso, pero que sepas que hay más autores de comedias que se acercan a mí y me tientan con sus cantos de sirena.

–Pero están en Valladolid sobre todo, no en Madrid, aunque dicen, dicen... que no tardarán en volver. Pero yo estoy aquí, ¿no? Y si me las vendes a mí es porque Gaspar de Porras no las quiere pagar a mayor precio. Hay muchos, muchos autores, y algunos ya apuntan maneras, más jóvenes, más impetuosos, y tienen ideas que...

–¡Yo aún tengo mucho que ofrecer! ¡No soy un viejo ni un Cervantes!

–¡Ah, el autor del que todo el mundo habla! Pero estás con los sesos sorbidos por Micaela, eso lo sabe todo el mundo. Aquí, en mano, una parte. La otra, tras la representación.

–La mitad.

–La tercera parte.

–La cuarta parte.

–Sea.

–Alonso, te aprovechas de mí.

–¡Piensa en las sedas que podrás comprar a Micaela!

–Disculpad. ¿Lope de Vega? –Uno de los lectores los interrumpió–. Entonces, ¿sois Lope? ¿El autor de la *Dragon-tea*? ¿El de las diecinueve torres?

–Sí. ¿Por qué lo preguntáis?

–¡Soy un gran admirador vuestro! –Le tendió la mano y se la estrechó con profusión–. ¡Tengo una antología vues-

tra impresa de Zaragoza! Pero está llena de erratas, y quería preguntaros el motivo, porque no la pagué barata precisamente.

Lope lo miró irritado. ¿Qué culpa tenía él de tanto des-
aprensivo?